

Como muchas mujeres á las cuales parece haber dado la naturaleza por destino el ir abriendo el amor hasta sus últimas profundidades, la señora de la Garde era desinteresada. No pedía dinero, ni alhajas, ni pensaba jamás en el porvenir; vivía en el presente y sobre todo en el placer. Los ricos adornos, los trajes, los trenes tan ardientemente deseados por las mujeres de su clase, no los aceptaba sino como una armonía más en el cuadro de la vida. No los quería por vanidad, por deseo de ostentación, sino por parecer mejor. Además, nadie prescindía más fácilmente que ella de todas estas cosas. Cuando un hombre generoso, como lo son casi todos los militares, tropieza con una mujer de este temple, siente en el corazón una especie de rabia por encontrarse inferior á ella en el cambio de la vida. Entonces se reconoce capaz de asaltar una diligencia para proporcionarse dinero, si no tiene el suficiente para sus prodigalidades. El hombre es así. A veces se hace culpable de un crimen para seguir siendo grande ante una mujer ó un público especial. Un enamorado se parece al jugador que se creería deshonorado si no devolviera lo que ha pedido prestado al mozo de la sala, y que comete monstruosidades, priva de todo á su mujer y á sus hijos, y roba y mata para presentarse con los bolsillos llenos y el honor á salvo á los ojos de la gente que concurre á la casa fatal. Pues eso mismo le sucedió á Castanier. Primeramente, instaló á Aquilina en un modesto piso cuarto, amueblándolo con suma sencillez. Pero conforme fué descubriendo los atractivos y las excelentes cualidades de aquella joven, perdió el seso por ella y quiso engalanar á su ídolo. El lujoso atavío de Aquilina contrastó tan cómicamente con la miseria de su morada, que hubo que mudarse por común acuerdo. Esta mudanza se llevó casi todos los ahorros de Castanier, que amuebló su habitación semiconyugal con el lujo especial á toda querida. Una mujer bonita no quiere nada feo á su alrededor: lo que la distingue de todas las mujeres es el sentimiento de la homogeneidad, una de las necesidades menos observadas de nuestra naturaleza, y que induce á las solteronas á no rodearse más que de cosas viejas. Por esto, aquella deliciosa piamontesa necesitó los objetos más nuevos, los más de moda, lo más coquetón que había en las tiendas, ricas telas, sedas, alhajas, muebles ligeros y frágiles, bellas porcelanas. Hay que advertir que no pidió nada; pero

cuando hubo que escoger, cuando Castanier le decía: «¿Qué quieres?» contestaba: «Esto es mejor». El amor que economiza, nunca es verdadero amor, y, por tanto, Castanier compraba todo lo mejor. Una vez admitida la escala de proporción, menester fué que todo estuviese en aquella casa en armonía, y así se hizo con la ropa blanca, la vajilla de plata y los mil accesorios de una casa recién puesta, la batería de cocina, la cristalería, ¡los demonios! Aunque Castanier quiso, según una expresión conocida, hacer las cosas con sencillez, se fué entrapando progresivamente. Una cosa requería otra. Un reloj de sobremesa exigió dos candelabros: la chimenea adornada requirió elegantes accesorios. Como los tapices y los cortinajes eran demasiado nuevos para dejar que el humo los ennegreciera, fué preciso mandar poner esas chimeneas elegantes, recién inventadas por personas hábiles en redactar prospectos, y que ofrecían un aparato incontrastable para el humo. Luego á Aquilina le pareció tan curioso el andar descalza por las alfombras de su cuarto, que Castanier las puso en todos para retozar con Naquí; en fin, le mandó construir una sala de baño, sólo porque estuviera mejor. Los comerciantes, los obreros y los fabricantes de París poseen una maña inconcebible para agrandar el agujero que un hombre hace en su bolsa; cuando se les consulta, no saben el precio de nada, y el paroxismo del deseo no se aviene jamás con un retraso; de este modo logran que se les hagan los encargos en las tinieblas de un presupuesto aproximado; luego jamás entregan sus notas, y arrastran al consumidor en el torbellino de los pedidos. Todo es admirable, precioso; todos están satisfechos. Pero á los pocos meses, aquellos complacientes proveedores vuelven metamorfoseados en totales de horrible exigencia, manifestando que tienen necesidades, pagos urgentes que hacer; hasta se exponen á declararse en quiebra, ¡lloran y cobran! Entonces se entreabre el abismo, vomitando una columna de cifras que marchan de cuatro en cuatro, cuando debían ir inocentemente de tres en tres. Antes que Castanier conociera el importe de los gastos, había llegado hasta á pagar á su querida un carruaje de lujo siempre que salía, en lugar de dejarla tomar un coche de plaza. Castanier era gastrónomo, tuvo una excelente cocinera, y para complacerle, Aquilina le presentaba rarezas culinarias y vinos escogidos que ella misma compraba. Pero

no teniendo nada propio, sus regalos, tan apreciados por la atención, la delicadeza y la gracia que los dictaban, agotaban periódicamente la bolsa de Castanier, que no quería que su Naquí se encontrara sin dinero, y ella no lo tenía nunca. La mesa fué, pues, una fuente de gastos considerables con relación á la fortuna del cajero. El ex dragón hubo de recurrir á artificios comerciales para proporcionarse dinero, porque le fué imposible renunciar á sus goces. Su amor á la mujer no le había permitido resistir á los caprichos de su querida. Era de esos hombres que, ya por amor propio ó bien por debilidad, no saben negar nada á una mujer, y que sienten una falsa vergüenza tan violenta para decir:—*No puedo... Mis medios no me lo permiten... No tengo dinero*, que al fin se arruinan. Así, pues, el día en que Castanier se vió en el fondo de un precipicio y que para salir de él tuvo que dejar á aquella mujer y ponerse á pan y agua para pagar sus deudas, se había acostumbrado tanto á Aquilina y á aquella vida, que todas las mañanas aplazaba sus proyectos de reforma. Obligado por las circunstancias, empezó por pedir prestado. Su posición, sus antecedentes le hacían merecedor de una confianza de la que se aprovechó para combinar un sistema de empréstito en relación con sus necesidades. Luego, para disfrazar las sumas á que subió rápidamente su deuda, recurrió á lo que el comercio llama *circulaciones*. Son billetes que no representan mercancías ni valores pecuniarios suministrados, y que el primer endosante paga por el complaciente firmante, especie de falsificación tolerada porque es imposible de comprobar, y que, además, ese fraude fantástico no resulta evidente sino por una falta de pago. En fin, cuando Castanier se vió en la imposibilidad de continuar sus manejos financieros, ya por aumento del capital ó ya por la enormidad de los intereses, tuvo que declararse en quiebra. El día del vencimiento del deshonor, Castanier prefirió la quiebra fraudulenta á la quiebra simple, el crimen al delito. Resolvió descontar la confianza que le valía su probidad real y aumentar el número de sus acreedores tomando prestada, á la manera de Matheo, el cajero del Tesoro real, la cantidad necesaria para vivir feliz el resto de sus días en países extranjeros. Y se había arreglado para ello del modo que acabamos de ver. Aquilina no conocía los sinsabores de esta vida, disfrutaba de ella como muchas mujeres, sin averiguar

de dónde procedía el dinero, del mismo modo que mucha gente no se cuida de saber cómo crece el trigo cuando come pan; al paso que las quiebras y los cuidados de la agricultura están detrás del horno de los panaderos, lo mismo que bajo el lujo inadvertido de la mayor parte de las familias parisienses descansan abrumadoras cavilaciones y el trabajo más exorbitante.

Mientras Castanier sufría todos los tormentos de la incertidumbre, pensando en una acción que iba á cambiar radicalmente toda su vida, Aquilina, sentada tranquilamente junto á la chimenea, arrellanada indolentemente en un gran sillón, le esperaba en compañía de su camarera. Como la mayor parte de las camareras que sirven á esta clase de mujeres, Jenny había llegado á ser su confidente, después de reconocer cuán inatacable era el imperio que su ama ejercía sobre Castanier.

—¿Cómo nos arreglaremos esta noche? León está empeñado en venir, decía la señora de la Garde leyendo una carta apasionada escrita en papel ceniciento.

—Aquí está el señor, dijo Jenny.

Castanier entró, y Aquilina, sin desconcertarse, arrolló el billete, le cogió con las tenazas y lo quemó.

—¿Eso haces con los billetes amorosos? dijo Castanier.

—Claro que sí: ¿no es el mejor medio de que nadie los lea? Además, ¿no debe ir el fuego al fuego, como el agua va al río?

—Estás hablando, Naquí, como si se tratara verdaderamente de un billete amoroso.

—¿Por ventura no soy bastante hermosa para que me los escriban? dijo presentando su frente á Castanier con cierta negligencia, en la que un hombre menos cegado hubiera visto que cumplía una especie de deber conyugal dando gusto al cajero. Pero Castanier había llegado á ese grado de pasión inspirado por la costumbre que no deja ver nada.

—Tengo un palco para la función de esta noche en el Gimnasio, contestó Castanier; comamos temprano para no hacerlo de prisa y corriendo.

—Vé con Jenny: estoy ya cansada de teatros. No sé lo que tengo esta noche, pero prefiero quedarme sentada junto á la chimenea.

—Ven de todos modos, Naquí, pues seguramente no te molestaré mucho tiempo. Sí, Quiquí, esta noche emprendo

un viaje y tardaré en volver. Te dejo aquí dueña de todo. ¿Me guardarás tu corazón?

—Ni el corazón ni nada, contestó Aquilina. Pero cuando vuelvas, Naquí será siempre Naquí para ti.

—Eso se llama hablar francamente. Así, pues, ¿no me acompañarás?

—No.

—¿Por qué?

—¿Acaso puedo abandonar al amante que me escribe billetes tan apasionados?

Y enseñó con gesto medio burlón el papel quemado.

—Pero ¿eso es verdad? preguntó Castanier. ¿Tienes un amante?

—¿Pues qué? ¿No te has mirado nunca formalmente? En primer lugar, tienes cincuenta años; luego, tu cara es digna de figurar en el puesto de una frutera, y de seguro que todos la tomarán por una calabaza. Cuando subes las escaleras, resuellas como una foca. Tu vientre retiembla como brillante en cabeza de mujer. Por más que hayas servido en un regimiento de dragones, eres un viejo muy feo. Si quieres conservar mi aprecio, no te aconsejo que agregues á esas cualidades la de la majadería, creyendo que una joven como yo prescindirá de engalanar tu amor asmático con las flores de un buen mozo.

—Veo que tienes ganas de broma, Aquilina.

—¿Y tú no las tienes? ¿Me crees tonta anunciándome tu marcha? *Esta noche emprendo un viaje*, dijo ella remedándole. Gran *Lendore*, ¿hablarías así si te separases de tu Naquí? Más bien llorarías como un becerro, como lo que eres.

—En fin, si me marchó, ¿me acompañarás?

—Ante todo dime si tu viaje es una broma de mal gusto.

—Sí, formalmente, me marchó.

—Pues yo, formalmente, me quedo. Buen viaje, hijo mío; te esperaré. Antes morir que salir de mi querido París.

—Y ¿no irás conmigo á Italia, á Nápoles, á llevar una buena vida, muy agradable, lujosa, con tu grueso amante que resuella como una foca?

—No.

—¡Ingrata!

—¿Ingrata? repitió Aquilina levantándose. Puedo salir ahora mismo de aquí sin llevarme nada más que mi persona. Te habré dado todos los tesoros que posee una joven, y una

cosa que ni tu sangre ni la mía me podrían devolver. ¡Si yo pudiese de algún modo, por ejemplo, vendiendo mi eternidad, recobrar la flor de mi cuerpo como he reconquistado la de mi alma, y entregarme pura como una azucena á un amante, no vacilaría un momento! ¿Con qué abnegación has recompensado la mía? Me has dado de comer y casa, guiado por el mismo sentimiento que induce á alimentar á un perro y meterle en una caseta, porque nos guarda, recibe nuestros puntapiés cuando estamos de mal humor, y nos lame la mano en seguida que lo llamamos. ¿Quién de los dos ha sido más generoso?

—Pero ¿no conoces que bromeo, hija mía? dijo Castanier. Voy á hacer un corto viaje que no durará mucho tiempo. Pero hoy irás conmigo al Gimnasio, y me marcharé á media noche, después de despedirme bien de ti.

—¡Ah, pobre gatito! ¿Y te vas de veras? le preguntó cogiéndole por el cuello para meterle la cabeza en su seno.

—¡Que me ahogas! dijo Castanier.

La joven dijo á Jenny al oído:—Ve á decir á León que no venga hasta la una; si no le encuentras y viene mientras me despido de este hombre, escóndele en tu cuarto.—Pues bien, repuso levantándole la cabeza á Castanier y retorciéndole la nariz, vaya, oh tú la más hermosa de las focas, esta noche iré contigo al teatro. Pero antes, comamos. Te preparo una buena comida, todos los platos son de tu gusto.

—Es muy difícil separarse de una mujer como tú, dijo Castanier.

—Y ¿por qué te vas?

—¿Por qué, por qué? Para explicártelo tendría que decirte cosas que te probarían que el amor que te tengo llega hasta la locura. Si tú me has dado tu honor, yo he vendido el mío: estamos pagados. ¿Es esto amar ó no?

—¿Qué significa eso? preguntó Aquilina. Vaya, dime que si yo tuviera un amante, tú me querrias siempre como un padre, eso sería amar. Ea, dímelo en seguida.

—Te mataría, dijo Castanier sonriendo.

Comieron y en seguida se fueron al Gimnasio. Cuando terminó la primera pieza, Castanier quiso hablar con algunos conocidos á quienes había visto en la platea, con objeto de alejar el mayor tiempo posible toda sospecha sobre su fuga. Dejó á la señora de la Garde en su palco, que, con arreglo á sus costumbres modestas, era una bañera, y fué á pa-

searse por el salón de descanso. Apenas hubo dado unos cuantos pasos por él cuando tropezó con Melmoth, cuya mirada le causó el desagradable calor de entrañas, el terror que ya había experimentado, y llegaron á ponerse frente á frente.

—¡Falsario! exclamó el inglés.

Al oír esta palabra, Castanier miró á las personas que se paseaban, y creyó ver en sus rostros una sorpresa mezclada de curiosidad; quiso deshacerse de aquel inglés y levantó la mano para darle una bofetada; pero se sintió el brazo paralizado por un poder invencible que se apoderó de su fuerza y lo dejó como clavado en el sitio; entonces el extranjero le cogió por un brazo y ambos marcharon juntos al salón de descanso como dos amigos.

—No hay nadie bastante fuerte para resistirme, le dijo el inglés. ¿No sabes que en la tierra todo debe obedecerme, que lo soy todo? Leo en los corazones, veo el porvenir y conozco el pasado. Estoy aquí y puedo estar al mismo tiempo en otra parte. No dependo del tiempo, del espacio, ni de la distancia. El mundo es mi servidor. Tengo la facultad de gozar siempre y de proporcionar siempre la dicha. Mi mirada traspasa las paredes, ve los tesoros y saca de ellos riquezas á manos llenas. A un ademán mío, surgen palacios, y mi arquitecto no se equivoca nunca. Puedo hacer que salgan flores en todos los terrenos, acumular pedrerías, amontonar oro, proporcionarme mujeres siempre nuevas; en fin, todo cede ante mí. Podría jugar á la Bolsa sin perder, si el hombre que sabe encontrar oro allí donde los avaros lo entierran tuviera necesidad de sacarlo del bolsillo ajeno. Conoce, pues, pobre miserable expuesto á la vergüenza, conoce todo el poder de la garra que te sujeta. ¡Procura doblar este brazo de hierro, ablandar este corazón de diamante! ¡Atrévete á alejarte de mí! Aun cuando estés en el fondo de las cuevas que hay debajo del Sena, ¿no oirás mi voz? Aun cuando vayas á las catacumbas, ¿no me verás? Mi voz se sobrepone al fragor del trueno, mis ojos compiten en claridad con el sol, porque soy el igual de *El que lleva la luz*.

Castanier oía estas terribles palabras sin que en él nada las contradijera, y andaba al lado del inglés sin poder apartarse de él.

—Me perteneces, acabas de cometer un crimen; por fin he encontrado el compañero que buscaba. ¿Quieres saber tu

destino? ¡Ja, ja! Te proponías ver una función; pues no te faltará, antes al contrario, tendrás dos. Ea, preséntame á la señora de la Garde como uno de tus mejores amigos. ¿No soy tu última esperanza?

Castanier volvió á su palco, seguido del extranjero, al que presentó á la señora de la Garde, conforme á la orden que acababa de recibir. Aquilina no pareció sorprendida de ver á Melmoth. El inglés no quiso ponerse en la delantera del palco y se empeñó en que Castanier se sentase en ella con su querida. El deseo más sencillo del inglés era una orden á la que había que obedecer. La comedia que iban á representar era la última. A la sazón, los teatros de segundo orden no daban más que tres piezas. El Gimnasio tenía en aquella época un actor que atraía al público. Perlet iba á representar el *Cómico de Etampes*, vaudeville en que hacía cuatro papeles diferentes. Cuando se levantó el telón, el extranjero extendió la mano sobre la sala. Castanier dió un grito de terror, que quedó ahogado en su garganta, cuyas paredes se pegaron, porque Melmoth le señaló con el dedo la escena, haciéndole comprender así que había ordenado que se cambiara la obra. El cajero vió el despacho de Nucingen; su principal estaba hablando con un empleado superior de la prefectura de policía, que le explicaba la conducta de Castanier, avisándole el desfalco hecho en su caja, la falsificación cometida en su perjuicio y la fuga de su cajero. Al punto redactó Nucingen una denuncia, que firmó y envió al fiscal general. —«¿Cree usted que aun estaremos á tiempo? decía el banquero. —Sí, contestaba el agente, está en el Gimnasio y no sospecha nada».

Castanier se agitó en su silla y quiso marcharse; pero la mano que Melmoth le tenía apoyada en el hombro le obligó á quedarse quieto, á impulso del horrible poder cuyos efectos sentimos en una pesadilla. Aquel hombre era la pesadilla misma, y pesaba sobre Castanier como una atmósfera emponzoñada. Cuando el pobre cajero se volvía suplicante hacia el inglés, tropezaba con una mirada de fuego que vomitaba corrientes eléctricas, especie de puntas metálicas, de las cuales Castanier se sentía penetrado, traspasado de parte á parte y como clavado.

—¿Qué te he hecho? decía en su abatimiento y jadeante como ciervo á orillas de una fuente; ¿qué quieres de mí?

—¡Mira! le decía Melmoth.

Castanier miró lo que pasaba en la escena. La decoración había cambiado, la pieza había concluido, pero Castanier se vió en persona en la escena, apeándose del coche con Aquilina; mas en el momento en que entraba en el zaguán de su casa de la calle de Richer, la decoración volvió á cambiar súbitamente y representó el interior de su habitación. Jenny hablaba, junto á la chimenea del cuarto de su señora, con un sargento de un regimiento de línea, de guarnición en París. — «Se marcha, decía este sargento que parecía pertenecer á una familia acomodada. Voy á encontrarme á mi gusto. Amo demasiado á Aquilina para consentir que pertenezca á ese viejo sapo. Me he de casar con la señora de la Garde».

— ¡Viejo sapo! exclamó dolorosamente Castanier.

— ¡Aquí llegan el señor y la señora, escóndase usted! Métese ahí, señor León, le decía Jenny. El señor no estará mucho tiempo.

Castanier veía que León se ocultaba detrás de los vestidos de Aquilina en el tocador. Él mismo entró en seguida en escena, y se despidió de su querida que se burlaba de él en sus *apartes* con Jenny, al mismo tiempo que le decía las palabras más dulces y cariñosas. Ella lloraba por un lado y reía por otro. Los espectadores hacían repetir las canciones.

— ¡Maldita mujer! exclamaba Castanier en su palco.

Aquilina se reía á carcajadas, exclamando: — ¡Qué gracioso está ese Perlet haciendo el papel de inglés! ¡Cómo! ¡Vosotros sois los únicos que no reís! Ríete, gatito mío, decía al cajero.

Melmoth se echó á reír de un modo que estremeció al cajero. Aquella risa inglesa le retorció las entrañas y le partía el cerebro como si un cirujano le trepanara con un hierro candente.

— ¡Se rien! ¡Se rien! exclamaba convulsivamente Castanier.

En aquel momento, en lugar de ver á la pudibunda *lady*, que tan cómicamente representaba Perlet, y cuyo modo de hablar anglofrancés hacía desternillar de risa á todo el público, el cajero se veía huyendo de la calle Richer, subiendo á un coche de punto en el bulevar y ajustándolo para ir á Versalles. Volvía á cambiar la escena. En la esquina de la calle de la Naranjería y de Recoletos reconoció el mesón de que era dueño su antiguo furriel. Eran las dos de la mañana, reinaba el mayor silencio, nadie le espiaba, había en-

ganchados dos caballos de posta á su carruaje, que llegaba de una casa de la avenida de París donde vivía un inglés para quien había sido pedido, á fin de desviar todas las sospechas. Castanier llevaba sus valores y sus pasaportes, subió al coche y partió. Pero en la barrera vió unos gendarmes de á pie que aguardaban al carruaje, y lanzó un grito agudo, comprimido por Melmoth.

— ¡Sigue mirando y cállate, le dijo el inglés.

Castanier se vió en un momento encerrado en la cárcel de la Conserjería. Luego, al quinto acto de aquel drama titulado *El Cajero*, se vió, á los tres meses, saliendo de la Audiencia sentenciado á veinte años de presidio. Despidió otro grito cuando se vió expuesto en la plaza del Palacio de Justicia y que el verdugo le marcaba con un hierro hecho ascua. Finalmente, en la última escena se veía en el patio de la cárcel de Bicetre, entre sesenta forzados, aguardando su vez para que le remachasen los grillos.

— ¡Ay, Dios! No puedo reír más, decía Aquilina. Gatito mío, estás muy sombrío, ¿qué te pasa?

— Dos palabras, Castanier, le dijo Melmoth en el momento en que, terminada la función, la acomodadora ponía el abrigo á la señora de la Garde.

El corredor estaba lleno de gente; la fuga era imposible.

— ¿Qué me quiere usted?

— Ningún poder humano puede impedirte que acompañes á Aquilina, que vayas después á Versalles y que allí te prendan.

— ¿Por qué?

— Porque el brazo que te sujeta no te soltará, dijo el inglés.

Castanier habría querido pronunciar algunas palabras para aniquilarse á sí mismo y desaparecer en el fondo de los infiernos.

— Si el demonio te pidiera tu alma, ¿no se la darías á cambio de un poder igual al de Dios? Con una sola palabra devolverías á la caja del barón de Nucingen los quinientos mil francos que has sacado de ella. Luego, rompiendo tu carta orden, desaparecería todo rastro de crimen. En fin, tendrías montones de oro. No crees en nada, ¿verdad? Pues bien, si sucede todo esto, creerás al menos en el diablo.

— ¡Si fuera posible! exclamó Castanier con alegría.

— El que puede hacer esto te lo asegura, contestó el inglés.

Melmoth alargó el brazo en el momento en que Castanier, la señora de la Garde y él estuvieron en el bulevar. Caía una lluvia muy fina, el suelo estaba lleno de barro, la atmósfera densa y el cielo negro. Tan luego como aquel hombre extendió el brazo, el sol alumbró á París. Castanier creyó encontrarse en un hermoso día de julio: los árboles estaban cubiertos de hojas, y los parisienses, vestidos con sus trajes de los días de fiesta, circulaban en dos alegres filas. Los vendedores de refrescos pregonaban su mercancía: los más elegantes carruajes brillaban rodando por la calzada. El cajero lanzó un grito de terror: á este grito el bulevar volvió á ponerse húmedo y obscuro. La señora de la Garde había subido al coche.

—Anda de prisa, querido; ven ó quédate, le dijo Aquilina. La verdad es que esta noche estás tan fastidioso como la lluvia que cae.

—¿Qué debo hacer? preguntó Castanier á Melmoth.

—¿Quieres ocupar mi puesto? dijo el inglés.

—Sí.

—Pues bien, dentro de un rato estaré en tu casa.

—¡Vaya, vaya, Castanier, le dijo Aquilina, á ti te pasa algo! Medita alguna fechoría: estabas demasiado sombrío y pensativo durante la función. ¿Necesitas algo que pueda proporcionarte yo, di?

—Aguardo que llegemos á casa para saber si me amas, contestó Castanier.

—Pues para eso no hay necesidad de aguardar: toma, dijo arrojándose á su cuello.

Y le besó apasionadamente en apariencia haciéndole esos mimos que, en tales criaturas, son cosas del oficio, lo mismo que en las actrices cuando representan su papel.

—¿De dónde sale esa música? preguntó Castanier.

—¡Vaya! Ahora oyes música.

—Sí, música celestial. No parece sino que los sonidos proceden de allá arriba.

—¡Cómo! ¡Tú que me has negado siempre un palco en los Italianos, so pretexto de que no podías sufrir la música, te vuelves ahora melómano! Pero ¿estás loco? Esa música está en tu mollera, ¡bola desvencijada! le dijo cogiéndole la cabeza y apoyándola en su hombro. Te parece sin duda que cantan las ruedas del coche.

—Óyeme, Naquí; si los ángeles tocan música para re-

crear á Dios, ha de ser esa cuyos acordes me entran por todos los poros así como por los oídos, y no sé cómo hablarte de ella; es tan suave como el agua de miel.

—No cabe duda de que se toca música para Dios, porque siempre se representa á los ángeles con arpas. A fe mía que este hombre está loco, dijo la joven al ver á Castanier en la actitud de un comedor de opio en éxtasis.

Habían llegado á su casa. Castanier, absorto por todo lo que acababa de ver y oír, y sin saber si debía creer ó dudar, andaba como un hombre ebrio, privado de razón. Volvió en sí en el cuarto de su querida, adonde le habían subido Aquilina, el portero y Jenny, porque se había desmayado al apearse del carruaje.

—Amigos míos, *ese va á venir*, dijo sentándose en un sillón con movimiento desesperado.

En esto, Jenny oyó la campanilla, fué á abrir y anunció al inglés diciendo que era un caballero que estaba citado con Castanier. Melmoth se presentó de pronto, y reinó gran silencio. Miró al portero, y el portero se marchó; miró á Jenny, y Jenny salió.

—Señora, dijo Melmoth á la cortesana; permítanos usted que terminemos un asunto que no puede demorarse.

Cogió á Castanier de la mano y Castanier se levantó. Ambos pasaron al salón sin luz, porque los ojos de Melmoth alumbraban las tinieblas más espesas. Aquilina, fascinada por la mirada extraña del desconocido, se quedó sin fuerza é incapaz de pensar en su amante á quien creía encerrado en el cuarto de su camarera, siendo así que Jenny, sorprendida por el pronto regreso de Castanier, le había escondido en el tocador, lo mismo que en la escena del drama representado para Melmoth y su víctima. La puerta del aposento se cerró violentamente, y al poco rato se presentó Castanier.

—¿Qué tienes? le preguntó su querida horrorizada.

El rostro del cajero estaba demudado. A su rubicundo color había reemplazado la palidez extraña que hacia al extranjero siniestro y frío. Sus ojos despedían un fulgor sombrío de brillo insoportable. Su actitud bondadosa habíase tornado despótica y fiera. Aquilina encontró á Castanier enflaquecido, parecióle su frente majestuosamente horrible y que se desprendía de él una influencia espantosa que gravitaba sobre los demás cual pesada atmósfera. Aquilina se sintió un rato como encogida,

—¿Qué ha sucedido en tan poco tiempo entre ese hombre diabólico y tú? le preguntó.

—Que le he vendido mi alma y siento que ya no soy el mismo; ha tomado mi ser y me ha dado el suyo.

—Pero ¿cómo es eso?

—No lo entenderías. ¡Ah! dijo Castanier con frialdad. Ese demonio tenía razón. Ahora lo veo todo y lo sé todo: me engañabas.

Estas palabras dejaron helada á Aquilina. Castanier encendió una vela, pasó al tocador, adonde le siguió la joven estupefacta, cuyo asombro fué grande cuando Castanier, apartando los vestidos colgados de una percha, descubrió al sargento.

—Venga usted acá, amiguito, dijo cogiendo á León por un botón de la levita y llevándolo al gabinete.

—Siendo usted un antiguo militar, estoy pronto á darle una satisfacción.

—No sea usted majadero, le contestó Castanier con sequedad. No tengo por qué batirme, pues con una mirada puedo matar á quien se me antoje. Va usted á saber lo que le ha de pasar. ¿Por qué le he de matar á usted? Le estoy viendo en el cuello una raya encarnada, la cual indica que le aguarda la guillotina. Sí, morirá usted en la plaza de la Greve. Pertenece usted á una Venta de Carbonarios y conspira contra el gobierno.

—¡No me lo habías dicho! exclamó la piamontesa dirigiéndose á León.

—Pero ¿no sabe usted, prosiguió el cajero, que el ministerio ha resuelto esta mañana perseguir á esa asociación? El fiscal general sabe los nombres de todos; les han denunciado á ustedes unos traidores. En este momento se están reuniendo los elementos para el acta de acusación.

—¿Eres tú el que le ha hecho traición?... dijo Aquilina que lanzó un rugido de leona y se levantó para desgarrar á Castanier.

—Me conoces demasiado para creerlo así, respondió Castanier con una sangre fría que petrificó á su querida.

—Pues ¿cómo lo has sabido?

—Lo ignoraba antes de ir al salón; pero ahora lo sé todo, lo veo todo, lo puedo todo.

El sargento estaba estupefacto.

—Pues ¡sálvate, por Dios! exclamó la joven echándose á

los pies de Castanier. ¡Sálvate, ya que lo puedes todo! Te amaré, te adoraré, seré tu esclava en vez de ser tu querida; satisfaré todos tus caprichos, harás de mí lo que quieras. Si, para tí sabré tener algo más que amor; tendré la abnegación de una hija para con su padre, unido á una... pero... ¡compréndeme, Rodolfo! En fin, por violentas que sean mis pasiones, seré siempre tuya. ¿Qué podré hacer para conmoverte? Inventaré placeres... Cuando quieras algo de mí, aunque sea mandarme que me tire por el balcón, no tendrás más que decirme: «¡León!» y entonces me precipitaré en el infierno, aceptaré todos los tormentos, todas las enfermedades, todos los disgustos, todo cuanto tú me impongas!

Castanier permaneció frío. Por toda respuesta designó á León diciendo con risa de demonio:

—La guillotina le aguarda.

—¡No, no saldrá de aquí, yo le salvaré! exclamó Aquilina. ¡Sí, mataré al que lo toque! ¿Por qué no quieres salvarle? exclamó con voz vibrante, la mirada chispeante y los cabellos sueltos. ¿Puedes?

—Yo lo puedo todo.

—¿Por qué no le salvas?

—¿Por qué? dijo Castanier cuya voz retumbó hasta el techo. Porque me vengo. Mi misión es hacer daño.

—¡Morir mi amante! ¿Es posible? repuso Aquilina. Y dando un salto hasta su cómoda, cogió un puñal que había en una cestilla, y se dirigió á Castanier que se echó á reír.

—Has de saber que ningún arma me puede herir.

El brazo de Aquilina se distendió como cuerda de arpa que se rompe.

—Salga usted, amigo, dijo el cajero al sargento, y vaya á evacuar sus negocios.

Alargó la mano y el militar tuvo que ceder á la fuerza superior que desplegaba Castanier.

—Estoy en mi casa, podría enviar á llamar al comisario de policía y entregarle un hombre que se ha introducido en mi domicilio; pero prefiero devolver á usted la libertad; soy un demonio, pero no un espía.

—Le seguiré, dijo Aquilina.

—Síguele, contestó Castanier. ¡Jenny!

La camarera acudió.